



Universidad de Oviedo

NUEVOS TIEMPOS PARA LA CRISIS DE LA REPRODUCCIÓN

LA CRISIS NEOLIBERAL COMO NUEVA OPORTUNIDAD PARA
UNA RESIGNIFICACIÓN FEMINISTA DEL CAPITALISMO

Autora: Celia Sánchez Huerga

Tutor: Francisco Javier Gil Martín | *Grado en Filosofía*

Junio, 2023

Índice

1. Introducción: objetivos y metodología	2
2. Definición: ¿Qué es la reproducción social?	3
3. Concepción histórica.....	5
3.1 <i>Trabajo reproductivo en el capitalismo mercantil.....</i>	<i>6</i>
3.2 <i>Trabajo reproductivo en el capitalismo liberal.</i>	<i>8</i>
3.3 <i>Trabajo reproductivo en el capitalismo gestionado por el Estado.</i>	<i>9</i>
3.4 <i>Trabajo reproductivo en el capitalismo neoliberal.</i>	<i>10</i>
4. Problemáticas.	12
4.1 <i>El problema de olvidar a las mujeres dentro de la izquierda.....</i>	<i>13</i>
4.2 <i>El problema del feminismo liberal.</i>	<i>14</i>
5. Visión contemporánea del feminismo marxista	20
5.1 <i>Ejemplos de lucha feminista, ecologista y anticapitalista en el Sur Global.</i>	<i>20</i>
5.2 <i>Reformulación de la crítica feminista en base a la “feminización de la pobreza”.....</i>	<i>22</i>
6. Soluciones a la crisis de la reproducción social.	23
6.1 <i>Los comunes.....</i>	<i>23</i>
6.2 <i>Articulación de un discurso feminista desde lo común.....</i>	<i>25</i>
7. Conclusiones	27
Bibliografía	34

1. Introducción: objetivos y metodología

Desde la caída del gobierno socialista de la URSS, existe una visión generalizada de que la filosofía marxista tiene contradicciones prácticas y, por lo tanto, toda la ideología política que ha conllevado sus escritos es un fracaso. Personalmente, opino que descartar las ideas de un pensador por las consecuencias políticas posteriores es una interpretación reduccionista. Es cierto que no podemos exculpar a Marx y culpabilizar únicamente a los dirigentes soviéticos del fracaso de la URSS con la clásica distinción entre teoría y práctica, ya que sería algo contradictorio desde su postura materialista, pero también es cierto que el pensador prusiano ha dejado en herencia una herramienta de análisis social muy útil y difícil de refutar.

En este trabajo, haré una relectura de la filosofía marxista donde intentaré mostrar alguna de las herramientas que hacen de sus textos una crítica social tan potente, superando las tesis que él mismo propuso y adaptándola a las necesidades de nuestro siglo, centrándome en la cuestión del género. Defenderé a lo largo del trabajo que uno de los errores más significativos de la lucha de clases fue olvidar a las mujeres de clase obrera. Para ello, recogeré las ideas de autoras que exponen la idea de que la división del trabajo por géneros es un instrumento para la acumulación de capital. También aclararé cómo esta división determina las condiciones materiales para el desarrollo del individuo en la sociedad y es causa de una situación de subordinación de la mujer frente al hombre.

Me centraré en autoras como Nancy Fraser y Silvia Federici para analizar las ideas del feminismo marxista, con la intención de rescatar las tesis del autor de *El capital*, haciendo una relectura postmoderna ajustada a las necesidades del siglo XXI. La interpretación que presentaré descarta la concepción progresista que puede verse en los textos originales. Los argumentos que pretendo defender son cercanos a la teoría crítica y a las teorías postestructuralistas que proponen un modelo de lucha desde la crítica al discurso hegemónico presente, pero nunca desligando ese discurso de las condiciones materiales que lo hacen posible. Esta postura implica una concepción amplia del capitalismo que no se centre únicamente en el aspecto económico, sino que se entienda como una red de dinámicas sociales más amplia que controla los aspectos de nuestras interacciones sociales.

Nancy Fraser es una pensadora feminista norteamericana especializada en la filosofía política. Su teoría de la justicia ha cogido importancia en las últimas décadas y se basa en el concepto de emancipación. Una de sus obras con más reconocimiento es *Escalas de la justicia*, aunque es autora de numerosos textos muy interesantes entre los que se incluyen diálogos con otros pensadores como puede ser *¿Redistribución o reconocimiento?* con Axel Honneth. Actualmente es profesora en The New School de Nueva York.

La autora propone reutilizar la herramienta de “buscar debajo de un determinado complejo sociohistórico sus condiciones de posibilidad ocultas” (Fraser y Jaeggi, 2015 pág 40) que Marx utilizó en *El capital* para dar cuenta de la acumulación primitiva. Aunque la profesora neoyorquina esté de acuerdo con Marx en cómo fueron los

orígenes primigenios del capitalismo, discrepa en que la violencia con el que la burguesía ha sometido a la clase trabajadora fuese exclusiva de esos primeros tiempos proto-capitalistas. Incluso la versión más sofisticada de este sistema esconde unas posibilidades de fondo más allá del primer plano económico, y también más allá de la explotación que el alemán nos propone.

Silvia Federici es una pensadora italo-estadounidense, máxima exponente de la tesis de la **reproducción social** -de la cual va este trabajo-. Se hizo popular por participar en la campaña a favor del salario por el trabajo doméstico junto a otras autoras feministas y por su trabajo antropológico sobre la caza de brujas que tuvo lugar durante los siglos XVI y XVII. Actualmente es profesora emérita en la Universidad de Hofstr, aunque ha trabajado en universidades de todo el mundo.

Desde una perspectiva más antropológica que la de Fraser, Federici da las claves para entender la distinción de géneros desde el materialismo, haciendo una elaborada crítica feminista a los textos marxistas y a toda la tradición que le sigue. Cree que la posición de la izquierda está sesgada al haber fundamentado su crítica en la producción y haber reducido su lucha a un único segmento de la clase obrera (el trabajador, masculino, blanco y de mediana edad) y haber olvidado al resto de sus componentes (mujeres, personas racializadas, estudiantes...). Propone un feminismo transversal que comparta el espíritu del resto de luchas anticapitalistas.

Los sujetos que han sido borrados de la historia por el capital son los que tienen legitimidad de alzar su voz e imponer su visión en el discurso social y así construir su propia identidad emancipada del orden opresor. Tomaremos la lucha feminista como referente de esta emancipación del discurso. Es importante puntualizar que no existe una separación entre el discurso y las condiciones materiales de los individuos ya que, el capital se apropia de todas las luchas a las que le puede sacar rendimiento económico, pero eso no le quita validez a la lucha, siempre y cuando las descripciones contrahegemónicas vayan sujetas a una mejora de las condiciones materiales de los individuos.

2. Definición: ¿Qué es la reproducción social?

Federici define la cuestión de la reproducción social como “el complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario” (Federici, 2011, pág 21). Hace referencia al trabajo que hemos realizado las mujeres, desde el ámbito privado en cuestión de tareas domésticas, crianza de los hijos y en un sentido más amplio, la reproducción de nuestra cultura y lengua. Estas autoras hacen una crítica feminista al marxismo, planteando múltiples luchas y tesis con el objetivo de poner en valor este trabajo en el cual Marx no se interesó.

La tesis materialista de estas autoras propone una explicación de las desigualdades de género basada en la división entre **trabajo productivo** y **reproducción social o trabajo reproductivo**. Siguiendo con la estrategia de buscar las condiciones de posibilidad

ocultas detrás de un determinado complejo sociohistórico, las autoras de la reproducción social se dan cuenta de que detrás de la acumulación de capital causada por la explotación del sistema productivo, hay otro tipo de trabajo igual de indispensable para la expansión económica que los capitalistas han tratado de ocultar.

Este trabajo oculto se trata del trabajo para la (re)producción de la mano de obra, la creación de personas capaces de llevar a cabo un trabajo productivo. Este tipo de tareas han sido asignadas socioculturalmente a las mujeres, dejando a los hombres como encargados de la producción. Aunque la explicación inicial se restrinja a la reproducción de la mano de obra estrictamente, una visión más amplia interpreta el trabajo reproductivo como las actividades que sustentan a los seres humanos como seres sociales con cuerpo que no solo necesitan hacer funciones fisiológicas como comer o dormir, si no que deben mantener sus comunidades.

Para la creación y el cuidado de vidas humanas se necesitan grandes cantidades de tiempo y recursos. Además, la reproducción social es indispensable para que el trabajo productivo se lleve a cabo y por lo tanto, para que el capitalismo se siga expandiendo. Pero los capitalistas se las han ingeniado para que este trabajo no sea remunerado y así poder llenar más sus bolsillos.

Históricamente, se ha creado un relato alrededor de la reproducción social, el cual dicta que estas tareas no deben realizarse por una recompensación económica, sino por altruismo y amor. Con la negación del salario, el capital ha conseguido obtener este trabajo gratis sin que plantee un problema social, puesto que está maquillado de "amor a la familia". También ha propiciado que los trabajadores hombres tengan más tiempo para trabajar en la fábrica al haber proporcionado una sirvienta que realice las tareas del hogar. Ambos tipos de trabajo tienen un carácter impuesto por el capital, pero son varias las cosas que los diferencian:

La diferencia más importante es que la sociedad está configurada de tal forma que el trabajo productivo está a cargo del hombre, mientras que las mujeres son las encargadas del trabajo reproductivo. Mientras que el primero tiene una retribución económica, el segundo no tiene ninguna. El primero no identifica a la persona, es decir, tu trabajo en la fábrica no determina el "carácter masculino" y el único interés detrás de este es el factor económico. En cambio, el segundo parece ser un atributo natural del supuesto "carácter femenino" y no se reconoce como trabajo. Como dice Silvia Federici:

De la misma forma que Dios creó a Eva para dar placer a Adán, el capital creó el ama de casa para servir al trabajador masculino, física, emocional y sexualmente: para criar a sus hijos, coser sus calcetines y remendar su ego cuando esté destruido a causa de del trabajo y de las (solitarias) relaciones sociales que el capitalismo le ha reservado. Es precisamente esa combinación de servicios físicos, emocionales y sexuales que conforman el rol de sirvienta que las amas de casa deben desempeñar para el capital lo que hace su trabajo tan pesado y al mismo tiempo tan invisible (Silvia Federici, 1975a pág. 38).

La desigualdad que podemos inducir de estas diferencias es que el primer tipo de trabajo se disfraza de un intercambio justo entre fuerza de trabajo-dinero, el segundo

está disfrazado de un sentimiento al cual no se le retribuye ningún tipo de compensación material. Este hecho subordina totalmente a las mujeres respecto al hombre, puesto que el sistema está diseñado para que la única manera de cubrir las necesidades humanas sea mediante una transacción económica. Además, el discurso de los cuidados por amor paraliza a las mujeres que pretenden revelarse frente a esta imposición ilegítima, puesto que serán vistas socialmente como “brujas gruñonas” en vez de como trabajadoras en lucha.

Resumiré las principales tesis que las autoras de la reproducción social defienden, las cuales expondré y analizaré a lo largo del texto:

- La división entre el trabajo productivo y el reproductivo es una herramienta exclusiva y constitutiva del sistema capitalista y completamente de género. No es una división contingente; es fundamental para el desarrollo de este.
- La familia es la institución que perpetúa esta división.
- Las tensiones entre el trabajo productivo y reproductivo son una de las principales causas de las crisis financieras del capitalismo.
- Ser “ama de casa” no es una característica natural de la “personalidad femenina”; es una imposición a las mujeres creada por el capital con la intención de obtener trabajo gratis.
- Todas las mujeres están en posición de servilismo respecto al mundo masculino, aunque nuestra vida no esté relacionada con el ama de casa.
- El trabajo productivo no es liberador para las mujeres en ningún caso.

Para finalizar este apartado introductorio de la cuestión, quería puntualizar que estas pensadoras creen que el autor de *El capital* cometió un grave error al obviar esta división del trabajo y centrarse únicamente en analizar el aspecto productivo. Consideran que la invisibilización del trabajo reproductivo es uno de los pilares constitutivos del capitalismo y, por lo tanto, al acabar con las relaciones patriarcales se destruirían también las relaciones capitalistas.

3. Concepción histórica

Como he dicho en el apartado definitorio, uno de los principales objetivos de las defensoras de la reproducción social es demostrar que la división entre trabajo productivo y trabajo reproductivo es una herramienta exclusiva y constitutiva del capitalismo. Es decir, esta separación se da solamente en este contexto social, y es una de las bases de la acumulación de capital, es más, sin el trabajo reproductivo sería impensable que el trabajo productivo se pudiese desarrollar.

Como destacan Nancy Fraser, Tithi Bhattacharya y Cinzia Arruza en el manifiesto que firman juntas, esto no significa que en sociedades anteriores las mujeres estuvieran libres de la carga del trabajo reproductivo, las tareas de cuidados siempre han estado vinculadas a la femineidad, pero solo en la sociedad capitalista se ha dado una división tan clara entre “trabajo productivo” y “reproducción social” desde el aspecto social. Dicen

La producción se trasladó a fábricas, minas y oficinas, donde se la consideró “económica” y se la remuneró con salarios en efectivo. La reproducción fue relegada a “la familia” donde se feminizó y llenó de emotividad, clasificada como cuidado opuesto al trabajo, realizada por amor en contraposición al dinero. (Nancy Fraser, Tithi Bhattacharya y Cinzia Arruza, 2019 pág. 93).

Para poder hacernos una idea de hasta qué punto es acertada esta tesis, haré un recorrido histórico por el desarrollo capitalista y cómo éste ha estado ligado inseparablemente del trabajo reproductivo, creando tensiones entre la producción y la reproducción y ocasionando crisis sociales que desembocarían en una nueva forma del sistema distinta de las anteriores. Para trazar esta línea me fijaré en los principales regímenes de acumulación históricos: capitalismo mercantil, capitalismo liberal, capitalismo gestionado por el estado y neoliberalismo.

3.1 Trabajo reproductivo en el capitalismo mercantil.

Este periodo primigenio del capitalismo está marcado por la violencia. Los mercaderes ricos y la aristocracia poderosa aprovecharon la crisis del sistema feudal para someter a los trabajadores y campesinos a base de sangre. Silvia Federici apunta que el capitalismo no era la única opción para acabar con esta crisis. Los antiguos siervos reivindicaban los espacios comunes de autosubsistencia que existían en la Edad Media, sobre todo localizados en ciertos lugares de África y Asia, donde muchas personas vulnerables socialmente encontraban su método de supervivencia, en concreto mujeres. Los vínculos de cooperación que surgieron gracias al cultivo de esas tierras eran realmente fuertes y el poder temía por su hegemonía.

El capitalismo no era la salida natural a la crisis feudal, los capitalistas lo impusieron a la fuerza. Federici cree que esta imposición se debe a dos factores esencialmente violentos: el trabajo esclavo y la privatización o “el cercamiento” de las zonas comunes. Esta privatización afectó sobre todo a las mujeres ancianas y sin recursos -las mujeres más débiles socialmente hablando-, ya que muchas encontraban su modo de subsistencia en dichas tierras.

Es importante también dar cuenta de cómo cambia la historia del capitalismo contada desde el núcleo o desde la periferia. Según las tesis marxistas, el capitalismo ha basado su riqueza en la expropiación de recursos del Sur Global en sus etapas primigenias. La colonización del territorio americano y africano, el saqueo de sus minas, la utilización de sus recursos y la esclavización de su mano de obra fueron puntos fundamentales para la acumulación de capital en el núcleo capitalista. La relectura que expongo defiende de esto, ya que, para estas autoras, la expropiación no es un hecho

característico del capitalismo mercantil; es una de las bases de la acumulación de capital incluso en los sistemas más actuales.

El auge del mercantilismo fue durante los siglos XVI y XVII. El discurso social imperante era una oda hacia el trabajo comercial, acompañado de un deseo por aumentar la población a toda costa, debido a un descenso de la natalidad que llevó al ideal social de que la riqueza de un Estado estaba relacionada con el número de habitantes (más trabajadores, más riqueza). La consecuencia de esto fue la creación de un primer plano económico, que empezaba a ponerse como prioritario en la vida de las personas.

En cuanto a la natalidad, se hizo apología del nacimiento y se castigó las prácticas que lo evitaban con el fin de que aumentase. Así comenzó un control sobre las mujeres y el conocimiento sobre sus cuerpos. El castigo hacia los métodos anticonceptivos, el aborto, el infanticidio y, en general, toda muestra de control sobre la procreación se volvió más severo que en la Edad Media y, también, más severo que el de los delitos masculinos.

Así fue como empezó una persecución institucional hacia las mujeres, poniéndoles la etiqueta de “bruja” y condenándolas a pena de muerte sin necesidad de pruebas. Este delito supuestamente era de herejía y culto al diablo, pero verdaderamente se perseguía a quienes tenían la capacidad de cometer algún “delito reproductivo” de los antes mencionados. También eran mujeres que conocían las técnicas de cultivo, puesto que muchas habían encontrado su método de subsistencia en esas zonas comunes precapitalistas ya nombradas.

Otra figura que sufrió este desprestigio fueron las parteras, las cuales eran mujeres que asistían los partos. El conocimiento de las parteras no era teórico, era práctico, transmitido generacionalmente y conocían todos los procesos y técnicas necesarias. En este proceso de control sobre la reproducción y, por lo tanto, del cuerpo de las mujeres, la cuestión del parto se empezó a medicalizar, acusando a las parteras de no tener un método científico, hasta que desaparecieron y fueron los médicos hombres quienes las sustituyeron.

Lo que podemos concluir es que, con esta persecución a las mujeres (concretamente a las mujeres que tenían conocimiento de la naturaleza y de sus cuerpos) se pretende controlar la reproducción y evitar que la mujer se encargue de ello socialmente, aislándolas del primer plano económico, en una nueva sociedad donde el trabajo es necesario para vivir. Se empieza a forjar la separación entre el trabajo mercantil en primer plano y la reproducción social de fondo con un criterio claramente de género, que subordina a las mujeres a base de control y desprestigio.

Aunque, como puntualiza Fraser, el capitalismo mercantil no reubicó los espacios del trabajo reproductivo en el núcleo histórico – estos lugares seguían siendo el pueblo, las familias, las redes extendidas de parentesco, sin regulación del Estado y regidos por la ley del valor-. En la periferia, cambiaron violentamente todos los vínculos sociales precapitalistas. Mientras en Europa se hacía propaganda a la familia, en África se despreciaba cruelmente la comunidad y las redes familiares.

3.2 Trabajo reproductivo en el capitalismo liberal.

Esta fase se caracteriza por un Estado no intervencionista y el predominio de empresas privadas. El discurso del trabajo asalariado como única alternativa al feudalismo ya había calado en la sociedad y la población se había concentrado en las ciudades industriales. El cambio de la industria ligera a la pesada requirió una explotación más intensiva de los trabajadores y un aumento de inversión en la producción. Nancy Fraser pone el ejemplo de la ciudad de Manchester en los tiempos de Engels. Los empresarios empujaron a la población a trabajos inseguros y mal pagados en fábricas y minas. El modelo conllevó a que los obreros se acinasen en viviendas insalubres en barrios extremadamente contaminados y saturados. El Estado no prestaba ninguna ayuda para acabar con esta situación.

En este contexto, la clase obrera que sufría las consecuencias de la mala gestión empezaba a organizarse. Pero finalmente, fueron los reformistas de clase media quienes tomaron medidas para acabar con esta crisis, abogando por una “legislación protectora” que limitaba la explotación de las mujeres y los niños en el trabajo asalariado, pero sin ningún tipo de respaldo económico para estas personas. Estas fueron las condiciones perfectas para que el régimen liberal inventase un imaginario burgués centrado en un nuevo ideal de “esferas separadas” basado en la diferencia de género.

Es decir, la autora propone que este periodo fue en el que la “producción económica” se separó de la “reproducción social” y se constituyeron como dos “esferas” distintas, separando también los espacios donde se llevan a cabo: “fábrica” frente a “hogar”. En el siglo XIX, como parte de este imaginario, se crea la figura de “ama de casa” y con ella todo un discurso social donde el trabajo reproductivo de las mujeres se visualiza como algo no remunerado, una tarea realizada por amor en contraposición al trabajo realizado por dinero.

Desde niñas, se nos empieza a educar para que seamos dóciles, serviles, dependientes y sobre todo para que nos sacrifiquemos en favor del goce ajeno. Se nos hace creer que estos valores son algo natural en nuestra personalidad para obtener el trabajo reproductivo sin ningún coste. Esta condición de no remunerado fue la principal arma para acabar de posicionar la reproducción social como algo distinto del trabajo productivo, aunque lo primero sea indispensable para lo segundo.

Los grandes capitalistas han introducido esta manipulación para ahorrarse los costes del trabajo reproductivo utilizando el criterio sexista para dividir a la población. La naturalidad del ama de casa es muy fácil de desmontar si nos fijamos en el hecho evidente de que la mayoría de las familias no tenían las condiciones materiales necesarias para llevar a cabo el ideal liberal de que el hombre debe mantener a su mujer y sus hijos, puesto que los salarios eran extremadamente bajos.

En resumen, el liberalismo dio los factores necesarios para la interpretación social de la producción y la reproducción como dos esferas totalmente separadas: la producción,

disfrazada de un intercambio justo entre fuerza de trabajo y dinero, realizada en fábricas y llevada a cabo por trabajadores explotados con legitimidad a reivindicar sus derechos, y por otro lado la reproducción, maquillada de altruismo y amor, realizada en el hogar y llevado a cabo por las familias, sin ninguna remuneración económica.

Pero también el capitalismo liberal, como dice Fraser,

encarnó la contradicción social del capitalismo de forma muy aguda: supuso un conflicto frontal entre los imperativos económicos y las exigencias sociales de la reproducción. Lejos de asegurar la estabilidad, esta disposición provocó luchas prolongadas por la reproducción social. (Fraser y Jaeggi, 2015, pág. 92).

Es decir, el régimen liberal provocó la primera crisis como consecuencia de las tensiones entre trabajo productivo y trabajo reproductivo. Tan efectivas fueron estas luchas que acabaron con el liberalismo, dando paso al capitalismo gestionado por el Estado.

3.3 Trabajo reproductivo en el capitalismo gestionado por el Estado.

Esta fase del capitalismo se caracteriza por el modelo fordista en cuanto a la producción y consumo en masa. En cuanto a la reproducción, según nos dice Fraser, fue el primer régimen que utilizó los recursos del estado para reponer la mano de obra, y así no hacer responsables a las familias únicamente de toda la carga reproductiva. En este periodo se consolida el “Estado de bienestar” conseguido mediante grandes luchas democráticas dirigidas por estratos organizados de la clase obrera. Consecuentemente, tanto el estado como las empresas se responsabilizaron hasta cierto punto del cuidado del trabajador, así teniendo la responsabilidad de reponer la mano de obra y no dejándola en manos de las mujeres únicamente. Empezaron a darse las pensiones de jubilación y prestaciones familiares. En boca de la autora: “En efecto, internalizó las funciones sociales que previamente se habían dejado fuera de los ámbitos gestionados oficialmente de la sociedad capitalista”. (Fraser y Jaeggi, 2015, pág. 92)

En cuanto a la geopolítica, esta etapa fue también la era de la descolonización. Los movimientos independentistas confiaban en una transformación radical de las sociedades periféricas. En este proceso, los escasos recursos fueron destinados a fortalecer la producción, dejando a la reproducción en segundo plano.

Esta nueva gestión del estado hizo que el imaginario de género cambiase. El ideal de las esferas separadas del régimen anterior parecía anticuado y dio paso a una nueva norma social más “democrática”: el salario familiar. Según este nuevo ideal, el trabajador industrial debería ganar un salario que permitiese mantener a toda su familia y así la mujer pudiese encargarse de la crianza de los hijos. Aunque este nuevo imaginario fuese apoyado por los movimientos obreros y por la mayoría de mujeres trabajadoras, en realidad, solo una minoría privilegiada pudo conseguir las condiciones materiales para llevarlo a cabo. Con todo, muchas personas aspiraron a él en el núcleo capitalista.

Pero existían ciertos problemas en el criterio de justicia que utilizaban los gobiernos de aquel entonces. Se basaba únicamente en el economicismo, es decir, identificaban la justicia con la gestión de la mala distribución entre clases, centrándose únicamente en el trabajador industrial masculino y blanco. Esto hizo que durante los años setenta, nuevos sujetos políticos intentasen abrirse paso en el discurso público, como, por ejemplo, las mujeres de clase media, a quienes el salario familiar les parecía desfasado o movimientos de lucha anti-raciales.

Estas reclamaciones de los grupos disidentes coinciden con la “crisis financiera”. Los Estados aumentaron los impuestos con el fin de acabar con el déficit público, los capitalistas se rebelaron contra los impuestos a los beneficios de las empresas. Es decir, el capital que había ayudado a financiar el Estado de bienestar se rebeló contra el Estado y la producción decayó.

Así, empezó a imponerse una convergencia de fuerzas contraintuitiva: movimientos emancipadores descendientes de la Nueva Izquierda, que movilizaron a mujeres y personas racializadas, junto a un partido neoliberal defensor del libre mercado, crítico con la “burocracia” estatal y con el objetivo de globalizar la economía capitalista. Al coincidir estas dos fuerzas emergentes, el apoyo de los gobiernos para la protección social fue desapareciendo, dando paso a una nueva forma de organización, el “neoliberalismo progresista”. Fraser lo resume así:

Quando esos dos extraños compañeros de cama unieron fuerzas bajo la bandera de la emancipación, el resultado fue el resquebrajamiento de la alianza socialdemócrata de la mercantilización y la protección social. Su lugar lo ocupó el que he llamado “neoliberalismo progresista”, una nueva alianza donde los postulantes de la mercantilización recuperan corrientes dominantes de los movimientos por la emancipación para resguardar y al final superar a los defensores de la protección social (Fraser y Jaeggi 2015, pág. 94),

Como conclusión, el capitalismo gestionado por el estado consiguió calmar las tensiones entre producción y reproducción al menos para ciertos individuos durante cierto tiempo, aunque no fuese revolucionario en el sentido de que la reproducción social seguía institucionalmente escondida en los hogares a manos de las mujeres. Pero la rebelión del gran capital en nombre de la emancipación hizo que el sistema se desmoronase y diese paso a un régimen que perpetúa los errores cometidos en el pasado.

3.4 Trabajo reproductivo en el capitalismo neoliberal.

En el presente del núcleo capitalista, nos encontramos con un régimen social poco favorecedor para el feminismo. El libre mercado y los recortes en provisión pública han llevado a la sustitución del trabajo sindicalizado con protección para el trabajador por trabajos basura. Esta situación ha hecho que prácticamente ninguna familia aspire al ideal del “salario familiar”. A esto, debemos sumarle el auge de la mujer como nuevo sujeto político emancipado y el carisma del feminismo. Como resultado obtendremos otro nuevo ideal en el imaginario burgués, a lo que Fraser llama “la familia de dos salarios”.

Una vez más, el capitalismo ha manipulado la realidad: el ideal de la familia de dos salarios no es viable puesto que las horas de trabajo productivo necesarias para mantener a una familia han aumentado respecto a regímenes anteriores. Casi todas las familias trabajadoras necesitan ocupar las energías que antes dedicaban al trabajo reproductivo a la producción. La tecnología diseñada para ahorrar tiempo en las tareas domésticas, en la cual los liberales depositaban su confianza, ha resultado jugar un papel muy pequeño en el proceso de disminución del trabajo reproductivo. Las principales consecuencias que encontramos son la reducción del tamaño de las familias y la reorganización de los servicios domésticos bajo un esquema mercantil.

Las tareas domésticas se han “dessexualizado”, pero Federici nos indica un estudio que demuestra que la mayor parte de esta labor sigue recayendo en las mujeres, aun teniendo un segundo trabajo fuera del hogar. Incluso en los hogares con el reparto más igualitario, esa igualdad desaparece al nacer un niño (Federici, 1980, pág. 83). Esto se debe a que la falta de solvencia económica es mayor cuando el hombre se ausenta de sus tareas laborales para dedicar el tiempo a las tareas de reproducción, puesto que ellos tienen un salario mayor. Es por eso por lo que siguen siendo las mujeres quienes toman esa responsabilidad. Aunque el trabajo reproductivo se haya reducido, la mujer sigue sin liberarse de él.

En cuanto al lugar que ocupa la mujer en el mercado laboral, está marcado por los prejuicios masculinos sobre la reproducción social. Los empleos que ocupan a las mujeres son los pertenecientes al sector servicios, relacionados directamente con las tareas reproductivas, siendo vistas como tareas simples y feminizadas y, por lo tanto, con menor retribución económica. Además, los empresarios se aprovechan de la costumbre de las mujeres a trabajar gratis y de su desesperación por conseguir liquidez económica propia para pagar menos a la trabajadora femenina. Está claro que el trabajo productivo no es emancipador para la mujer, si no que, al contrario, le supone una carga extra.

Para entender lo que está ocurriendo en el Sur Global, debemos ver que la globalización ha hecho que los procesos sociales superen las fronteras territoriales y es por eso por lo que el marco del Estado-nación ha dejado de ser la unidad adecuada para debatir sobre las cuestiones de justicia. Las decisiones tomadas por el gobierno de un Estado impactan en muchos casos en la vida de personas fuera de ese territorio, al igual que ocurre con las empresas multinacionales. Para Federici, el efecto de esto es una vuelta a la acumulación primitiva:

La desterritorialización del capital y la financiarización de las actividades económicas, posibilitadas por la “revolución informática”, han creado las condiciones económicas por las que la acumulación primitiva se ha convertido en un proceso permanente, mediante el movimiento casi instantáneo del capital a lo largo del planeta, al haber derribado una y otra vez las barreras levantadas contra el capital por la resistencia de los trabajadores a la explotación. (Federici, 2008, pág 167)

Como ejemplo de esto tenemos la Nueva División Internacional de Trabajo y la formación de zonas de libre comercio (asentamientos industriales exentos de cualquier

regulación laboral y que producen para la exportación). En el Sur Global, las tareas de reproducción social han desaparecido a causa de esta división. Las mujeres se ven obligadas a trabajar numerosas horas en condiciones poco seguras en estas zonas y por un sueldo tan ridículo que no garantiza la subsistencia. Las autoras denuncian que esta modalidad de trabajo genera subdesarrollo y supone incluso una forma oculta de esclavitud.

La Nueva División internacional del trabajo ha conducido a un nivel de pobreza sin precedentes en el periodo postcolonial. Los Estados de las zonas de libre comercio han puesto como prioridad absoluta el desarrollo productivo, olvidándose una vez más de la reproducción social. Así, las personas se ven obligadas a emigrar del Sur Global al núcleo capitalista, siendo la fuerza de trabajo la principal mercancía que se exporta de la periferia.

En concreto, la solución que encuentra el feminismo liberal a la crisis de la reproducción social es trasladar este trabajo a diferentes sujetos con su comercialización y globalización. Es decir, las mujeres emigrantes son las nuevas encargadas de la reproducción social: mientras las mujeres del núcleo capitalista trabajan y se “liberan” de la reproducción social, otra mujer en situación más precaria se encarga de criar a sus hijos, teniendo que dejar ésta última sus tareas reproductivas sin atender. Esta solución liberal, llamada “cadenas globales de cuidado”, crea una desigualdad entre mujeres que el feminismo pretende destruir. Es así como la gran parte de la reproducción metropolitana es llevada a cabo por mujeres inmigrantes provenientes del Sur Global.

En resumen, el poder neoliberal y el carisma feminista han empujado a las mujeres al trabajo productivo como única alternativa a la esclavitud del trabajo reproductivo. Pero en la realidad material, observamos que la inclusión de las mujeres en el mercado laboral no es en ningún caso emancipatorio. Hay una sensación de que las tareas de reproducción social han disminuido, pero sigue siendo un pilar fundamental para el desarrollo capitalista. Lo que ha pasado en realidad es que se han mercantilizado estas tareas, dejándolas sobre todo en manos de mujeres precarias y en muchos casos inmigrantes, es decir, la reproducción social se ha trasladado a las mujeres del Sur Global para que las mujeres del núcleo puedan desempeñar labores productivas.

4. Problemáticas.

Tanto las luchas obreras como el feminismo liberal han interpretado el trabajo productivo como algo emancipador para las mujeres. En la primera tradición, se pone en el centro del esquema al sujeto explotado, es decir, al sujeto que produce mercancías y no al que reproduce la fuerza de trabajo. La segunda, disfraza los intereses empresariales de “liberación para la mujer” ofreciendo un puesto muy reducido y estereotipado dentro del mercado laboral.

Como ya he expuesto en el apartado anterior, desde la perspectiva de la reproducción social, un segundo trabajo para la mujer nunca es liberador, sino que nos añade una

carga extra a nuestra numerosa lista de tareas. Para defender la idea, analizaré los dos principales argumentos que exponen el trabajo productivo femenino como emancipatorio, el que se da desde la izquierda más tradicional y el que se da desde el feminismo de derechas.

4.1 El problema de olvidar a las mujeres dentro de la izquierda.

Existe una sensación de traición desde los movimientos de izquierdas siempre que el feminismo ha tomado una posición autónoma. Esto se debe a que la perspectiva conlleva implicaciones más allá de la “cuestión de la mujer” y que representa una ruptura con las categorías de pensamiento que se manejan en esta tradición, tanto respecto a las mujeres como al resto de la clase obrera.

Con el fin de unificar el interés de la clase trabajadora, la izquierda ha definido como sujetos revolucionarios a cierto segmento de la clase obrera, apartando al resto a un rol meramente solidario dentro de estas luchas. Así la tradición de izquierdas ha perpetuado las mismas divisiones de clase que caracterizan la división capitalista dentro de sus objetivos organizativos y estratégicos.

El sectarismo que tradicionalmente ha mostrado la izquierda respecto a las luchas feministas ha dejado ver la interpretación reduccionista de los mecanismos necesarios para el funcionamiento del capitalismo. Pero este error no fue cometido por la mala interpretación de los textos, sino que el propio Marx fue quien obvió la diferencia entre producción de mercancías y producción de fuerza de trabajo. Al igual que los capitalistas, el pensador alemán basó su análisis en la producción, ignorando cualquier otro tipo de trabajo necesario para el desarrollo. Es por eso por lo que la propuesta dada desde la izquierda está destinada a perpetuar las instituciones capitalistas.

La izquierda etiqueta lo que considera la “verdadera clase trabajadora” (empleados explotados) y presupone que los “subdesarrollados” (quienes no cobran por su trabajo o cobran salarios ínfimos) deben alcanzar al primer grupo mediante una explotación capitalista más sofisticada. Es decir, la lucha que proponen no es una rebelión contra el capital, sino una pelea por ver cómo se reparte, por un tipo de capitalismo más racionalizado, desarrollado y productivo. En palabras de Federici: “En este sentido, hay una conexión directa entre la estrategia diseñada por la izquierda para las mujeres y la diseñada para el “Tercer Mundo”. De la misma manera que desean introducir a las mujeres en las fábricas, quieren llevar las fábricas al “Tercer Mundo”” (Federici, 1975, pág. 53).

Para redefinir el capitalismo y quién forma parte de la clase obrera verdaderamente es necesario considerar la reproducción social como trabajo, y por eso es necesario un salario para las mujeres que realizan estas tareas, puesto que el salario es la expresión de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora. Es lícito que las mujeres exijan este intercambio salarial ya que el trabajo doméstico es el pilar de la producción capitalista. En la sociedad capitalista siempre ha sido necesario la crianza de obreros estables y disciplinados.

El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos -los futuros trabajadores- cuidándoles desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas. (Federici, 1975c, pp 55-56).

La falta de salario por el trabajo doméstico es la disciplina que subordina a la mujer respecto al hombre, siendo la familia la institución que perpetúa esta desigualdad. El término “ama de casa” se ha convertido en sinónimo de mujer, es decir, se espera un conocimiento de “habilidades domésticas” por nuestra parte y los valores de amor cuidado y servilismo están impregnados en la concepción social de mujer. Mientras el trabajo reproductivo siga sin considerarse trabajo, no podremos evitar la lógica capitalista.

Esta perspectiva implica entender la producción de la fuerza de trabajo como parte de la lucha obrera, pero también implica entenderlo desde fuera de la lógica mercantil. No se puede comprender dentro de la lógica del capital porque es necesario un gran componente humano. Pero este hecho no es una razón para que esta tarea no se considere trabajo. Los capitalistas se han aprovechado de todo el trabajo gratis que las mujeres hemos hecho a lo largo de su desarrollo. Por eso, tener en cuenta a las mujeres como parte de la lucha de clases, desde *la cocina*, y no solo cuando ésta tiene un trabajo productivo es atacar directamente a la base del capitalismo. La población femenina tiene la legitimidad de exigir un salario por su trabajo a los capitalistas, ya que ellos han estado acumulando riqueza gracias al esfuerzo de las mujeres.

4.2 El problema del feminismo liberal.

En este apartado, expondremos la idea de Nancy Fraser de que el feminismo actual nace a partir de una mala interpretación – o una interpretación retorcida- de las críticas que introdujo el feminismo de la segunda ola. En el contexto del capitalismo gestionado por el estado, las feministas junto a otros grupos de lucha disidente intentaron criticar el economicismo y el androcentrismo de sus gobiernos, exigiendo reconocimiento político para que la justicia dejase de basarse únicamente en corregir el mal reparto equitativo de la riqueza y los gobiernos se esforzaran por acabar con las desigualdades dadas por cuestiones de estatus social. Pero la creación de definiciones contrahegemónicas no fue suficiente para cambiar las condiciones materiales de las personas. Esto se debe a la apropiación que el neoliberalismo hizo de las demandas por la emancipación, separando a estos movimientos de la ideología marxista.

- **Inicios del movimiento y principales críticas**

El movimiento feminista de la segunda ola empieza a organizarse sobre los años setenta del siglo XX. Como ya hemos dicho, el economicismo de esta época es el caldo

de cultivo perfecto para una crítica cultural como la que se hizo, donde el concepto de **emancipación** estaba cogiendo fuerza.

Federici sitúa el origen de la crítica en la campaña internacional por un Salario Doméstico (en la que ella misma participó) citando a autoras como Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Leopoldina Fortunati. Fraser también cita a otras como Angela Davis, Juliet Mitchell y Lise Vigel. Estas autoras fueron las primeras en poner la reproducción social en el foco de la crítica feminista. Mientras que la mayoría de autoras feministas provenían de una tradición liberal-socialista, las citadas tenían como referencia la militancia en organizaciones marxistas que participaban en los movimientos anticolonialistas, el movimiento por los derechos civiles y el movimiento estudiantil.

La transversalidad con las demás luchas ayudó a ampliar el análisis marxista sobre el trabajo no asalariado, interpretando el trabajo doméstico como un pilar fundamental dentro de la sociedad. También entendieron que el protagonista de la lucha de clases no es únicamente el trabajador masculino asalariado, sino que, más bien se debe buscar ese protagonismo en el trabajo esclavo no asalariado.

Su principal tesis era el rechazo al trabajo doméstico como una expresión natural de la personalidad femenina y, por consecuencia, el rechazo al rol que el capital ha diseñado para nosotras como forma de lucha. Al pedir que la reproducción social se reconozca como trabajo, se pone en cuestión una de las divisiones claves para la acumulación de capital: la separación entre el trabajo productivo asalariado y el trabajo reproductivo no asalariado. Así se podrá reestructurar las relaciones sociales en términos más favorables para nosotras y, por lo tanto, más favorable para la unidad de clase. Dice Federici:

Decir que queremos un salario por el trabajo doméstico que llevamos a cabo es exponer el hecho de que en sí mismo el trabajo doméstico es dinero para el capital...Al mismo tiempo demuestra que todo lo que hemos cocinado, sonreído, y follado a lo largo de todos estos años no es algo que hiciéramos porque fuese más fácil para nosotras que para cualquier otra persona sino porque no teníamos otra opción (Federici, 1975b, pág. 41).

Estas autoras proponen un salario para el trabajo doméstico como alternativa al trabajo productivo femenino, puesto que es más educativo que los hombres reconozcan las tareas reproductivas como un trabajo a demostrarles que podemos trabajar en las mismas condiciones. Las mujeres no necesitan demostrar tal cosa, puesto que la reproducción social es una tarea tan dura y necesaria como el trabajo productivo.

En este contexto, las feministas elaboraron una crítica con promesa emancipadora que amplió el sentido de lo considerado injusticia y fue directa a los problemas estructurales del capitalismo. También se recalcó la idea de que la subordinación de las mujeres era sistemática y basada en estructuras profundas. Como ya he mencionado, los principales aspectos que se criticaron fueron el economicismo, el androcentrismo y el estatismo de la sociedad.

En cuanto al economicismo, las feministas de la segunda ola rechazaban que la injusticia se basase únicamente en la mala redistribución entre clases. Se politizó lo que hasta entonces se consideraba privado situado fuera de las fábricas, como podría ser dentro de la familia o en las tradiciones culturales. Es decir, ampliaron las cuestiones de la justicia a ámbitos que antes se consideraban “privados” y por lo tanto fuera de su alcance, como puede ser la sexualidad, el trabajo doméstico, la reproducción y la violencia a las mujeres.

En cuanto al androcentrismo, era el principal punto que criticar. Muchas feministas se encontraron con el sexismo presente en la izquierda, y desde una perspectiva liberal, fue fácil abandonar las tesis marxistas, pero el feminismo socialista y antiimperialista seguiría luchando con el objetivo de afrontar el sexismo desde una perspectiva de izquierdas. Las feministas socialistas consiguieron alcanzar sus objetivos. Sus demandas a favor de un salario para el trabajo doméstico pusieron en manifiesto que el sexismo de la sociedad estaba basado en una división del trabajo por sexo que devaluaba las actividades realizadas por mujeres.

En cuanto al estatismo, las feministas criticaban las grandes instituciones jerarquizadas y masculinizadas que tenían el control social. Pero al contrario que en la tradición de izquierdas clásica, estas autoras no rechazaban las instituciones por completo, sino que pretendían implantar una perspectiva de género para que las mujeres se sintiesen sujetos activos de los procesos democráticos.

Aunque hubiese una intención de internacionalismo en el movimiento dado que en el contexto de su comienzo existía una fuerte oposición hacia la guerra de Vietnam que claramente condenaba las justicias transfronterizas, las críticas de las feministas iban dirigidas mayoritariamente a los gobiernos de sus estados. En palabras de Fraser: “En el contexto del capitalismo gestionado por el estado, por consiguiente, el lema “la hermandad de las mujeres es mundial” (ya en sí tachado de imperialista) servía más de gesto abstracto que de proyecto político postwestfaliano alcanzable en la práctica” (Fraser, 2015 ,pág. 252)

En resumen, El resultado fue una crítica que integraba economía, cultura y política en un análisis sistemático de las mujeres. Rechazaba el economicismo, el androcentrismo y el estatismo del capitalismo gestionado por el Estado, pero respetando el marco del estado-nación.

También cabe destacar que esta no era la única propuesta que se hacía en nombre del feminismo. Las autoras liberales veían el trabajo productivo como emancipatorio y no querían identificarse con el trabajo doméstico ya que se veían alejadas de la definición de “ama de casa”. El problema es que esa definición va inseparablemente ligada a la de mujer, aunque nuestro desempeño social no esté relacionado con las tareas del hogar, siempre nos vamos a encontrar en una situación de servilismo respecto al hombre.

- **Auge del neoliberalismo y reformulación de la crítica**

El auge del feminismo de la segunda ola coincidió con un giro histórico del carácter del capitalismo. En esta nueva forma de gestión, se invirtió la fórmula del régimen anterior, poniendo a los gobiernos en función del mercado. Promovían la privatización y la liberación en vez de prestaciones públicas. Se pasó del capitalismo gestionado por el Estado al neoliberalismo.

En el Sur Global, el capitalismo se impuso a base de violencia una vez más. El neoliberalismo obliga a los estados poscoloniales a abrir sus mercados para poder abarcar la deuda pública que supone para ellos las políticas de “ajuste estructural”, lo que les obliga a reducir drásticamente el gasto social. Es así como las personas de la periferia deben desviar su producción alimentaria del mercado doméstico al mercado de exportación.

En este contexto de cambio, el feminismo de segunda ola evoluciona de lo que había empezado como un movimiento radical antisistema a un fenómeno social de masas con una amplia base, con partidarias de todo tipo de clase social y etnia. Esto hizo que se resignificasen muchos conceptos socialmente asociados a la femineidad. Pero el neoliberalismo cambió el marco en el que operaban estas feministas. Las críticas que en el contexto del capitalismo gestionado por el estado parecían claras, ahora se convertían en una cuestión mucho más ambigua. Los neoliberales aprovecharon el carisma y la importancia que el feminismo había obtenido para dar un giro a su favor a las críticas que las feministas habían planteado en la etapa anterior.

La lucha por el reconocimiento pasó a ser la única con relevancia en el movimiento, olvidándose de la justicia basada en la redistribución. Para Nancy Fraser, basar la justicia en una mera cuestión de identidad es una posición igual de sesgada que la que basa la justicia únicamente en la redistribución. Las feministas de la segunda ola cometieron el mismo error que los estados en la etapa anterior. La autora norteamericana defiende que lo correcto para enriquecer y ampliar el movimiento se debe adoptar un paradigma que dé cuenta de factores causantes de la injusticia, tanto la redistribución como el reconocimiento.

Las circunstancias que el neoliberalismo había propiciado para borrar cualquier rastro de igualitarismo social exigían una crítica que apuntase hacia la redistribución económica, en cambio, las feministas aceptaron los deseos del capital y dieron un giro culturalista centrándose en cuestiones de reconocimiento, olvidando su argumento contra la economía política. Esto no solo hizo que el feminismo se desligase de su valoración sobre la economía política, sino también de su crítica al capitalismo, desligándose así de la ideología de izquierda.

La solución que el feminismo liberal ha dado a todas las promesas emancipatorias que se plantearon es la incorporación de las mujeres dentro del trabajo productivo. La entrada masiva de las mujeres en los mercados laborales de todo el mundo ha hecho que se debilitase el ideal del salario familiar que perpetuaba la subordinación de las mujeres. Pero el problema es que ha sido reemplazado por un nuevo ideal de “familia de dos salarios”. La realidad es que el número de horas trabajadas por familia para

obtener salarios ha aumentado tan drásticamente que los tiempos de ocio y reproducción social han disminuido en proporción.

La leyenda feminista atrae a mujeres situadas en ambos extremos del espectro social: en un extremo, las que forman parte de los cuadros profesionales de clase media, dedicadas a romper el techo de cristal; en otro, temporeras, trabajadoras a tiempo parcial, trabajadoras de servicios con bajos salarios, empleadas domésticas trabajadoras del sexo, migrantes, trabajadoras de zonas francas, solicitantes de microcréditos, que no solo buscan ingresos y seguridad material, sino también dignidad, mejora de su situación personal y liberación frente a la autoridad tradicional. En ambos extremos, el sueño de emancipación de las mujeres va unido al motor de la acumulación capitalista. La crítica del feminismo de segunda ola al salario familiar ha disfrutado, de ese modo, de una perversa vida después de la muerte. Otro elemento básico de la crítica radical al androcentrismo, sirve hoy para intensificar la valoración capitalista del trabajo remunerado (Fraser, 2015, pág. 256).

Además, el neoliberalismo se ha apropiado de la crítica feminista al “paternalismo burocrático”. Originalmente, la intención era transformar el poder del Estado en una herramienta que fortaleciese al ciudadano y potenciara la justicia social. Ahora, se utiliza para legitimar la reducción del Estado a la mercantilización.

En conclusión, con el auge del neoliberalismo, las promesas de emancipación dadas por el feminismo en el capitalismo gestionado por el estado se han quedado en el intento. El giro culturalista que da la crítica y el olvido de las reivindicaciones acerca de la redistribución han hecho que el movimiento se separe de sus orígenes dentro de la tradición marxista y, por lo tanto, que encaje perfectamente con los nuevos valores del capitalismo neoliberal, el cual puede afrontar las reivindicaciones de reconocimiento, pero no las de redistribución.

- **Problemas de la resignificación del feminismo de segunda ola**

Tanto Nancy Fraser como Silvia Federici coinciden en que el error del feminismo tal y como se interpreta hoy en día es que no da cuenta de la “feminización de la pobreza”. Se centran en cuestiones como la violencia de género o la brecha salarial, pero olvidan plantearse la cuestión principal: ¿en manos de quién está la reproducción social?

Si indagamos sobre esta cuestión, nos daremos cuenta de que la desexualización del trabajo doméstico es una mentira más. Es cierto que las mujeres se han incorporado masivamente al mercado laboral y esto ha dejado obsoleto el ideal del “salario familiar” al que se aspiraba en el capitalismo gestionado por el Estado. En su lugar, la idea de “la familia de dos salarios” ha impregnado la sociedad. Pero esto no deja de ser otra manipulación del capital para subordinarnos. La realidad material de los trabajadores es que el número de horas de la jornada laboral ha aumentado drásticamente en comparación al régimen anterior para conseguir mantener a una familia. Si a esto le sumamos la cantidad de ayudas estatales que se han perdido, las personas apenas pueden dedicar tiempo a la reproducción.

Aunque el neoliberalismo haya presionado la reproducción social hasta el borde de su desaparición, lo cierto es que sigue siendo uno de los cimientos de este sistema. La “mano de obra” sigue siendo la principal mercancía que se intercambia, aunque nos quieran hacer creer que la tecnologización va a cambiar esto. Por eso, la sensación de que el trabajo reproductivo se ha reducido es solo una consecuencia de la mercantilización y la globalización de los cuidados, y así, haciendo responsable de ellos a mujeres trabajadoras y del Sur Global. Las autoras proponen varios ejemplos de este hecho.

La principal consecuencia de la externalización del trabajo doméstico es el gran incremento de la industria de servicios, en la que muchas mujeres encuentran su salario; se consumen más comidas fuera de casa, se lava más ropa en las lavanderías y se crían más niños en guarderías. Un ejemplo de la globalización de este trabajo son las ya nombradas “cadenas globales de cuidado”. Lo que ocurre en estas cadenas es que los exhaustos trabajadores del núcleo capitalista dejan las tareas del hogar en manos de una mujer en una condición más precaria (a menudo mujeres racializadas) a cambio de un salario (a menudo muy mal pagado y sin contrato legal), a su vez, estas mujeres deben dejar a sus hijos al cuidado de otra mujer aún más pobre, y así sucesivamente. Como dice Nancy Fraser: “Lejos de resolver “la crisis de asistencia”, esta disposición no hace sino desplazarla, del Norte Global al Sur Global (incluido los antiguos países comunistas)” (Fraser y Jaeggui, 2015, pág. 95). También ha aumentado el tráfico de mujeres y otros métodos de trabajo sexual coaccionado, las “esposas por catálogo” provenientes de Asia, Sudamérica o Rusia para hombres estadounidenses y europeos, la industria del sexo y del turismo sexual en Asia se ha masificado. Todo esto demuestra que el neoliberalismo intensifica la explotación de la mujer y relanza la imagen de las mujeres como objetos sexuales y cuidadoras.

Pero ese no es el único problema. Esta nueva división del trabajo crea una brecha entre mujeres ricas y mujeres pobres (o también entre mujeres blancas y mujeres negras). Las feministas occidentales se preocupan de alcanzar el poder vinculado a lo masculino, adoptando comportamientos asociados socialmente a la masculinidad, rechazando por completo todos los valores de cuidado que implican la definición de “ama de casa”, y relegando las tareas del hogar en mujeres pobres. Es así como el feminismo corre el peligro de convertirse en una institución: un ideal aceptado por una amplia base de seguidores, pero que esconde una realidad material distinta.

Ni la reorganización del trabajo reproductivo bajo un prisma mercantil, ni la “globalización de los cuidados”, ni mucho menos la “tecnologización” del trabajo reproductivo, han “liberado a las mujeres” ni han eliminado la explotación inherente del trabajo reproductivo en su forma actual. Si utilizamos una perspectiva global se puede observar que no solo las mujeres siguen cargando con la mayor parte del trabajo doméstico en todos los países, sino que además, y debido a los recortes en servicios sociales y a la descentralización de la producción de la industria, la cantidad de trabajo doméstico que realizan, remunerado y no remunerado, se ha incrementado” (Federici, 2008, pág. 175)

Las defensoras de la reproducción social siguen viendo la crítica del feminismo de la segunda ola como una solución para desarticular las fuerzas de poder capitalistas. El

problema surge cuando se desvincula la crítica por el reconocimiento de la crítica por la redistribución. Es importante que las feministas del núcleo capitalista no olviden a sus camaradas del Sur Global. Proponen la vuelta a un feminismo transversal con la lucha antirracista, con la ecologista y que dé cuenta de las desigualdades de clase. Si esto no ocurre, el feminismo está condenado a repetir la hegemonía del capital.

5. Visión contemporánea del feminismo marxista

Como he aclarado en el apartado anterior, para que un análisis feminista sea adecuado, debe dar cuenta de la “feminización de la pobreza” puesto que, si no es así, estará obviando la violencia sistemática que el mercado ejerce sobre las mujeres. Las autoras que cito en este trabajo proponen traer de vuelta las críticas del feminismo de la segunda ola sin separarlas de la crítica al capitalismo desde una perspectiva de clase y anticolonial. Esta nueva crisis que el neoliberalismo supone para la reproducción social, la ven como una oportunidad para reestructurar el sistema a través de las luchas anticapitalistas.

5.1 Ejemplos de lucha feminista, ecologista y anticapitalista en el Sur Global.

La nueva división internacional del trabajo nos ha dejado un panorama social que se nutre del proceso de acumulación primitiva. Con las políticas de “ajuste estructural” del Banco Mundial, los grandes productores del núcleo capitalista han trasladado sus fábricas a países del “Tercer Mundo” para así promocionar la mercantilización de las tierras y la destrucción de la agricultura de subsistencia. Pero veremos que existe toda una resistencia hacia esas políticas, la cual está mayoritariamente formada por mujeres.

Por más que la política económica internacional intente destruirlo, la tierra es la fuente de subsistencia de millones de personas en el mundo. Mayoritariamente, el trabajo de la agricultura de subsistencia está en manos de las mujeres, especialmente en África y Asia. Aunque sea difícil de estimar este trabajo, ya que, a menudo las mujeres que realizan esta tarea no lo conciben como un trabajo y que no se realiza en granjas formales, nos podemos guiar de un dato de FAO en África subsahariana: “Las mujeres producen hasta el 80% de todos los alimentos básicos para el consumo doméstico y para el comercio” *

Desde el feminismo marxista se propone poner el valor la persistencia de la agricultura de subsistencia, puesto que la separación entre los productores agrícolas (en especial, las mujeres) y sus tierras ha sido prioritario para el desarrollo capitalista desde sus inicios. La resistencia a este hecho se explica mediante las luchas que las mujeres han protagonizado con el fin de resistir a la mercantilización de sus tierras. Expondré algunos de ellos:

- La protesta de las mujeres en Camerún en 1958 contra el gobierno británico que tenía el control en aquel entonces. Se rebelaron contra la propuesta estatal de la venta de sus tierras. Siete mil mujeres hicieron una larga marcha y

acamparon junto a los edificios estatales durante dos semanas. En el mismo lugar, las mujeres lucharon contra la destrucción de sus cultivos de subsistencia a costa de la ganadería de la élite local. Las protestas de las mujeres pudieron parar el plan.

Después de las guerras de independencia, las mujeres lucharon para no ser las “ayudantes” no remuneradas de sus maridos en los proyectos de desarrollo agrícola propuestos. Estas revueltas son consideradas hoy las causantes del fracaso de los proyectos de desarrollo agrícola presentados en los años sesenta y setenta.

- En la capital de Guinea Bissau, desde principios de los años 80, las mujeres han plantado jardines urbanos con verduras alrededor de todas las casas y han renunciado a los ingresos que pudiesen obtener de la venta de sus productos para asegurar que sus familias no les falte el alimento. Así, durante los años 90, la agricultura de subsistencia y los huertos urbanos resurgieron en muchas localidades a manos de las mujeres, alterando el paisaje urbano, lo que conlleva romper con la separación entre zona urbana y zona rural.

Para mantener las zonas de cultivo, otras mujeres han preferido quedarse en las zonas rurales mientras que los hombres han decidido emigrar, lo que provoca que muchos de estos espacios de gestión fuera del mercado sean poblaciones mayormente femeninas.

- En Bangladesh en 1992, la Asociación de Mujeres sin Tierra ha llevado a cabo numerosas ocupaciones de tierras y ha conseguido realojar a 50.000 familias, enfrentándose a los propietarios.

Junto con las luchas para defender la ganadería de subsistencia, también podemos resaltar otros dos tipos de desarrollo paralelo al capitalista. El primero de ellos es la formación de sistemas autosuficientes regionales que garanticen una economía basada en la solidaridad y en rechazo de la competitividad, como puede ser la Alianza Nacional por los Derechos alimentarios de las mujeres que se ha formado en India con la intención de proteger la economía basada en el cultivo de semillas de mostaza, el cual es el sustento de muchas mujeres tanto en el ámbito rural como urbano. La alianza ha propuesto vínculos directos entre productor y consumidor para defender el modo de vida de los granjeros frente a las grandes plantaciones de soja transgénica impuesta por Estados Unidos.

El segundo es la lucha por la supervivencia de las selvas, oponiéndose a la tala de árboles y reforestando bosques, ya que son pilares fundamentales de la economía de subsistencia, proporcionan alimento y son medicinales. Lo ocurrido en el Delta del Níger en 1984 nos puede ilustrar en este aspecto. Miles de mujeres asediaron la planta de la empresa Pan Ocean exigiendo compensaciones económicas por la deforestación de sus acuíferos. Las mujeres se desnudaron delante del director de la empresa para asegurar sus hogares y convencer al empresario de que pagase las indemnizaciones.

Desde una perspectiva del feminismo marxista, las autoras pretenden tener como referencia de la lucha feminista todos estos movimientos que han estado ocurriendo en el Sur Global, en su mayoría, llevados a cabo por mujeres organizadas de clase trabajadora. Estas rebeliones son el mayor ejemplo de lucha anticapitalista que podemos encontrar en la historia de este sistema. Mientras que las luchas antihegemónicas en el núcleo capitalista se han centrado únicamente en una visión economicista que pretende “repartir el pastel”, en los países periféricos las mujeres se han organizado para defender la economía de subsistencia y escapar de la lógica del mercado defendiendo lo común frente a lo privado. Como lo resume Silvia Federici:

Aquí radica la importancia de las luchas de las mujeres por la tierra. Las mujeres han supuesto el principal parachoques del mundo proletario frente a las hambrunas provocadas por el régimen neoliberal del Banco Mundial. Ellas han sido las principales oponentes frente a la exigencia neoliberal de que sean “los precios del mercado” los que determinen quién debe vivir y quién debe morir, y son ellas las que han proporcionado un modelo práctico para la reproducción de la vida bajo un modelo no comercial. (Federici, 2011, pág. 233)

5.2 Reformulación de la crítica feminista en base a la “feminización de la pobreza”.

El neoliberalismo está oprimiendo la reproducción social hasta el punto de llevarla a su desaparición y esto está causando una nueva brecha en el sistema. Las feministas defensoras de la reproducción social proponen aprovechar esta crisis para transformar la sociedad de una forma masiva y profunda volviendo a traer las críticas del feminismo de la segunda ola, pero recuperando su carácter emancipatorio, extrayéndolas de la interpretación liberal y dándolas una perspectiva de clase y anticolonial.

No podemos concluir con que las tesis del feminismo de la segunda ola tengan que resignificarse necesariamente con un fin capitalista. En su inicio, tanto la crítica al economicismo como al androcentrismo como al estatismo del capitalismo gestionado por el Estado tenían un carácter emancipador. Recuperaré los focos de crítica ya nombrados para repasar la reformulación que Fraser propone:

En cuanto al economicismo, se debe mantener un equilibrio entre los aspectos de redistribución y reconocimiento. No se propone volver atrás hacia una justicia únicamente basada en la redistribución, pero también es importante volver a conectar el feminismo con su crítica anticapitalista.

En cuanto al androcentrismo, la crisis neoliberal nos deja ver que la solución para acabar con el ideal del “salario familiar” no es “la familia de dos salarios”, dicho en otras palabras, el trabajo asalariado femenino no ha solucionado la crisis que planteaba el problema de la reproducción social. Desde este planteamiento, las feministas podríamos proponer “una forma de vida que reste importancia al trabajo asalariado y dé valor a las actividades no mercantilizadas, incluidos, entre otros, los cuidados” (Nancy Fraser, 2015, pág. 261). Así se desfeminizarían esas tareas y serían componentes de valor social.

En cuanto al estatismo, las feministas podríamos militar ahora en pro de una nueva organización del poder político, que ponga el “gerencialismo burocrático” en favor del empoderamiento individual. No se pretende disipar el poder público, sino fortalecerlo. Se busca una democracia que fomente la participación igualitaria y usa la política para controlar los mercados.

En cuanto al carácter internacional del movimiento, puesto que los problemas planteados por el neoliberalismo trascienden el marco estatal, no tiene sentido pensar que el alcance de la justicia puede limitarse al Estado. Desde el feminismo, se propone un orden de múltiples escalas dedicado a superar la injusticia en todas sus dimensiones (de redistribución y de reconocimiento).

En resumen, desde el feminismo de clase se proponen aprovechar la crisis neoliberal para lanzar una crítica al capitalismo y a la división por géneros del trabajo, pero rechazado también el trabajo asalariado femenino como solución, fomentando un modelo que ponga en valor las tareas no mercantiles y en consonancia con otras luchas contrahegemónicas como la ecologista y la anticolonial.

6. Soluciones a la crisis de la reproducción social.

Desde la crisis que plantea el neoliberalismo, las feministas ven la oportunidad de resignificar la política hacia un discurso donde se le dé prioridad a los trabajos no remunerados y así corregir los errores que ha causado la centralidad del trabajo productivo dentro del sistema. Para ello, es necesario salirse del esquema Estado-mercado y construir una alternativa que esté fuera de la lógica capitalista. “Las crisis económico-sociales rompen la disciplina del trabajo asalariado, obligándonos a crear nuevas formas de socialidad” (Federici, 2010, pág. 256)

6.1 Los comunes

El concepto de “lo común” es una idea que ha estado cogiendo fuerza últimamente desde las políticas de izquierdas. Existen numerosos ejemplos de lo común dentro de nuestra concepción del mundo: el agua, la tierra, los bienes digitales, las lenguas, la cultura... Desde las teorías de lo común, se intenta analizar si estos bienes se encuentran al mismo nivel o son compatibles entre ellos.

En contraposición a la visión individualista que impone el capitalismo, “lo común” implica reconocer que los bienes y recursos no son propiedad de los capitalistas exclusivamente, sino que pertenecen a la comunidad en su conjunto. Esto implica una revolución en la forma de organización social y económica basada en la responsabilidad colectiva y la confianza. Unos de sus defensores son Negri y Hardt con su idea del “Trabajo inmaterial”. Esta teoría es un intento de relanzar la teoría marxista para una nueva generación de activistas con unas proyecciones de futuro postmodernas más pesimistas que las dadas desde el comunismo.

La teoría positivista afirma que las revoluciones dadas en los años setenta (concretamente la de la información y la informática) han sido causa de una reestructuración de la economía mundial y, por lo tanto, ha dado paso a una nueva fase del capitalismo en la que la fuerza productiva principal sería la ciencia y las personas seríamos el componente cognitivo/cultural de la mercancía. Así, ese componente sería imprescindible para darle valor a la mercancía. Es por eso por lo que el trabajo inmaterial se convertiría en la forma de trabajo dominante socialmente. Los autores de esta idea entienden trabajo inmaterial como la producción de objetos no físicos (códigos, información, imágenes, ideas, conocimientos, relaciones sociales...). Este tipo de trabajo no crea jerarquías ni relaciones de poder ya que el trabajo se convertiría en una labor autónoma, autoorganizada y creadora de cooperación social, es decir, abriría una nueva relación entre el trabajo y el capital.

Mientras Marx defendía que la cientificación de la producción, mecanizando todos los procesos productivos, llevaría a los trabajadores en una posición de asistentes de las máquinas, Negri y Hardt creen que el papel de la tecnología no será tan protagonista en el futuro. Se centran en la creatividad y la autonomía del “trabajo vivo”. La tecnología, de por sí, ni libera ni domina a los trabajadores. Estos autores entienden la tecnología como un bien común que nos pertenece a todas las personas. Gracias a que las máquinas se puedan encargar del trabajo productivo, desaparecerán todas las dicotomías características del capitalismo como la producción frente a la reproducción o el trabajo frente al ocio.

Dentro de esta teoría y específicamente sobre la cuestión de género, Negri y Hardt describen el “trabajo afectivo” inspirados por la sociología de Arile Russell Hochschild. Consiste en trasladar el concepto filosófico de “afecto” (modificación del cuerpo que incrementa o disminuye su capacidad de actuar), rescatado de la filosofía de Espinosa, al plano económico y político. Con el declive del trabajo productivo y el crecimiento del sector servicios en el presente, en la mayoría de los trabajos exigen atribuciones relacionadas con el trato interpersonal más que atribuciones técnicas. Es el tipo de trabajo que encontramos en el ocio y la publicidad, sectores los cuales es imposible negar su creciente relevancia en el mercado.

Hochschild, en oposición a Negri y Hardt defiende que las mujeres son los sujetos centrales de lo que ella denomina el “trabajo emocional” y es el mismo trabajo de reproducción social del que las mujeres nos hemos encargado siempre desde el esquema de la mercantilización. Desde los principios del capitalismo, las mujeres han aprendido a transformar sus emociones en mercancía, dándoselos a los hombres a cambio de los recursos materiales de los que ellas carecían. Las mujeres han sido entrenadas para tener una relación instrumental con sus emociones. Desde la perspectiva de Negri y Hardt, el trabajo afectivo es comunicativo, interactivo y produce relaciones sociales, pero sin ser esta una característica especial de este tipo de trabajo, sino que generalmente todos los trabajos inmateriales están dentro de esta tendencia. Los autores del trabajo inmaterial no aciertan en dar una perspectiva de género sobre este tipo de trabajos. Cuando hablan de la “feminización del trabajo” no se refieren a la consideración del trabajo reproductivo como trabajo, sino a

implementar valores de cooperación en el trabajo realizado por los hombres. Como dice Silvia Federici:

Quando se describen las revueltas de los trabajadores durante los años sesenta y setenta, que según su punto de vista condujeron a la reestructuración de la economía global, Negri y Hardt se centran exclusivamente en el proletario industrial. Es en la masa proletaria de Fiat y River Rouge en la que ellos reconocen la fuerza motriz del cambio de producción. En contraste, nada transpira en sus textos del rechazo de las mujeres, pese a que generalmente se ha reconocido que este ha sido la mayor y más transformadora revolución en nuestro tiempo. (Federici, 2011, pág. 195)

Pero el concepto expuesto por los teóricos del “trabajo afectivo” ha servido de ayuda para localizar nuevas formas de explotación desde los estudios feministas. Para las feministas, este tipo de trabajo con focalización en el afecto es una estrategia de control laboral. La relación entre trabajador-cliente impone cierto código de conducta y la individualización de prácticas laborales más que la solidaridad con otros trabajadores. Esto hace que la precarización del trabajo y la inseguridad respecto al futuro laboral aumente. Estas relaciones no son generadores espontáneos de lo común.

Aunque la teoría del trabajo inmaterial no acierte en situar el trabajo reproductivo en manos de las mujeres, lo cierto es que el concepto de lo común ofrece una alternativa a la dicotomía mercado-Estado que necesitamos para reformular las instituciones capitalistas. Es necesario una perspectiva feminista que aborde este tema para definir las políticas, expandir el debate que ha sido dominio de los hombres y plantear bajo que condiciones lo común puede formar parte de un programa anticapitalista. Es importante puntualizar esto porque los empresarios también se han dado cuenta del poder de los bienes comunes, por eso debemos articular el discurso de lo común de tal manera que el capital no pueda aprovecharse de él.

6.2 Articulación de un discurso feminista desde lo común.

Para poder dar una perspectiva feminista sobre el asunto, debemos tener en cuenta dos realidades que el sistemáticamente se han ocultado: la primera, que las mujeres lo han tenido más difícil para acceder a los espacios comunes en el contexto capitalista; la segunda, que las mujeres son la principal oposición en el proceso de mercantilización de la naturaleza dentro de la crisis neoliberal (como he expuesto en el apartado 5.1). Dentro de un sistema que oculta las condiciones de posibilidad de nuestro consumo, lo que nos conduce a ignorarlas, debemos tomar conciencia de toda la violencia que viene implícita en que nosotros adquiramos cierta mercancía. Solo así conseguiremos superar la división entre producción, reproducción y consumo.

La autora ecofeminista, Maria Mies, señala que la globalización ha aumentado la división entre la producción y el consumo al trasladar las fábricas al Sur Global. Aunque la sensación sea de mayor interconectividad global, la realidad es que hemos perdido conciencia de la explotación -humana y medioambiental- que requiere los productos que consumimos, desde la comida que ingerimos, la ropa que vestimos o la tecnología con la que nos comunicamos. En boca de Silvia Federici, “No hay común posible a no

ser que neguemos a basar nuestra vida, nuestra reproducción, en el sufrimiento de otros, a no ser que rechacemos, a no ser que rechacemos la visión de un nosotros separada de un ellos.” (Federici, 2010, pág. 254)

Teniendo claro estas ideas, plantearé ciertas propuestas, llevadas a cabo por mujeres, que pondrán en valor los espacios y bienes comunes y el trabajo reproductivo y en conjunto, podrían ser el comienzo de una nueva resignificación del sistema:

- **Colectivización del trabajo reproductivo.**

Demostrado el fracaso de la mercantilización del trabajo reproductivo, puesto que implica un factor humano que no es tenido en cuenta en la definición de trabajo mercantil, se propone una redefinición de la reproducción social en términos más cooperativos, sacando esas tareas del hogar y reorganizándolas en espacios públicos como pueden ser las asociaciones civiles, las agencias del Estado y los barrios. Así se romperá definitivamente la división entre público y privado.

Como ejemplo de la colectivización de la reproducción social, se puede nombrar el caso del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil. Cuando consiguieron asentarse legalmente en la tierra que habían ocupado, las mujeres del movimiento pidieron que las nuevas casan debían construirse formando un conjunto, para poder seguir compartiendo los trabajos domésticos.

Para que estos cambios se lleven a cabo de manera significativa, deben ser las mujeres quienes los ejecuten, puesto que nosotras somos las que históricamente tenemos el conocimiento de la reproducción social. No será un cambio significativo para la liberación de la mujer si los hombres dirigentes están enfocados en la productividad, aunque dirijan el enfoque hacia el trabajo doméstico.

La cooperación en el trabajo reproductivo no está perpetuando la naturalización del trabajo doméstico para la mujer, por el contrario, de esta manera mostramos que es importante poner en valor las experiencias colectivas y rechazando así los valores individualistas del capitalismo y dando visibilidad a la lucha de las mujeres a favor de la reproducción social.

- **Recuperación de los espacios comunes de la tierra.**

Ha quedado claro que la privatización de las tierras ha sido una herramienta imprescindible para la acumulación de riqueza en el contexto capitalista. En la etapa del capitalismo mercantil, los aristócratas apostaron por “cercar” los terrenos comunales. En esta vuelta a la acumulación primitiva que ha supuesto el neoliberalismo, esta estrategia vuelve a ser de vital importancia. Una vez más, las mujeres del “Tercer Mundo” han liderado múltiples luchas para recuperar estos espacios de subsistencia que el capital les ha arrebatado. Un dato que puede ser revelador en este aspecto es que, en África el 80% de los alimentos consumidos por sus habitantes son producidos por mujeres en huertos comunes dirigidos a la subsistencia.

Otro ejemplo de esto es la formación de asociaciones de crédito que funcionan con el dinero como un bien común a lo largo de todo el “Tercer Mundo”. Son sistemas bancarios autogestionados desarrollados por mujeres que consiguen suministrar dinero en efectivo a las personas que no tienen acceso al sistema bancario capitalista que funcionan únicamente en base a la confianza.

Desde el feminismo de clase se propone solucionar las tensiones que el neoliberalismo ha despertado en cuanto al trabajo reproductivo con la socialización de dos elementos comunes de todos los seres humanos: la reproducción y las tierras comunales. Asegurando así nuestro método de subsistencia y la reproducción y nuestra cultura fuera de la lógica del capitalismo. Solo así podremos remitir a un sentido de comunidad entendida como un tipo de relación basada en la cooperación y la responsabilidad entre unas personas y otras, pero también en relación con los animales, la tierra y los mares.

7. Conclusiones

Una vez que han quedado expuestos todos los puntos del problema, utilizaremos este apartado para recuperar las tesis que planteé en la definición. Analizaré cada una de ellas para asegurar que han quedado explicadas a lo largo del trabajo. Así, dejaré resumidos los principales argumentos para defender la reproducción de mano de obra, explicados desde el punto de vista de las autoras que he citado a lo largo del texto.

- **La división entre el trabajo productivo y el reproductivo es una herramienta exclusiva y constitutiva del sistema capitalista y completamente de género. No es una división contingente, es fundamental para el desarrollo de este.**

Esta es la principal afirmación que podemos deducir de lo expuesto en el texto. Como ya he remarcado, la reproducción social siempre ha estado asociado a la feminidad, pero solo en el sistema capitalista se da una división tan tajante entre el trabajo productivo y el trabajo reproductivo, separando los espacios entre el hogar y la fábrica, considerando al primero económico y al segundo como altruismo, definiendo el primero como trabajo y el segundo como familia. Es decir, los capitalistas han creado todo un discurso que pretende resignificar el trabajo reproductivo como algo ajeno a la economía y al trabajo y así ahorrarse los costes que estas tareas generan.

El capital se ha aprovechado de todo el trabajo que las mujeres han hecho en cuestiones de tareas domésticas, crianza de los hijos, cuidado de los mayores y, en general, todos los servicios que necesite el hombre para ser productivo en su puesto en la fábrica. Las mujeres se encargan de la producción de fuerza de trabajo, pero la reproducción social se puede entender en un sentido más amplio, es la reproducción de nuestra cultura y nuestras formas de vida, es por lo que dejamos de ser un animal y nos convertimos en personas. Dentro del sistema, esto nunca se ha considerado como un factor económico y, por lo tanto, no ha sido retribuido.

En el siglo XIX se crea la figura de “ama de casa” para subordinar de una vez por todas el trabajo reproductivo al productivo. Así los hombres serán los encargados de conseguir un sustento material dentro del mercado laboral y las mujeres se ocuparán de servirles a cambio de ese sustento, ya que no les queda ninguna otra opción.

La separación entre la producción económica y la reproducción social ha sido una de las principales herramientas del capitalismo para la acumulación de capital. La no retribución de las tareas domésticas ha hecho que los capitalistas se ahorren los costes de la producción de mano de obra a costa de la explotación de las mujeres.

Las autoras feministas lanzan esta crítica a Marx, puesto que el autor alemán ignoró totalmente la división del trabajo en cuestión al género, centrado únicamente en el trabajo productivo y olvidando otros tipos de trabajo igualmente necesarios para el proceso de acumulación dentro de la historia capitalista.

- **La familia es la institución que perpetúa esta división**

Este puede ser el punto más polémico ya que se ha propuesto un sistema social basado en la solidaridad y cooperación como solución al problema y no se puede pasar por alto que la familia que el punto de referencia que tenemos de estos valores dentro de la sociedad capitalista. Si los valores que queremos defender se encuentran asociados a la familia, ¿cómo es posible que perpetúe la división del trabajo?

Para contestar a la pregunta, debemos entender la familia tradicional tal y como está definida en el capitalismo. Debemos entender la familia como una oposición a la economía, la cual hace referencia a la dicotomía entre público y privado. Así, lo que ocurre en el ámbito económico va a ser cuestionado desde el debate público y va a estar sujeto a las leyes del Estado. En cambio, lo que ocurre en el contexto de la familia se ve como una cuestión subjetiva de cada individuo, invisibilizando el discurso de los individuos (mujeres) que se desarrollan en él. El matrimonio es el contrato en el que una mujer firma que toda su fuerza productiva va a estar subordinada a los deseos de su marido. Es así como la subordinación de las mujeres a los hombres se ha mantenido a lo largo del tiempo, obstaculizando la llegada de las mujeres al debate público.

Una vez que las mujeres logramos entrar al debate, gracias a las luchas organizadas y reivindicando nuestras diferencias con los hombres, reclamamos que las cuestiones familiares formen parte de lo público: la violencia de género, la falta de liquidez en los trabajos feminizados... Esas cuestiones son desigualdades institucionalizadas y es deber de los legisladores tomar medidas, no son casos subjetivos del ámbito familiar, es una violencia estructural que sufrimos todas las mujeres. Sólo poniendo en el ojo público la femineidad redefiniremos lo que anteriormente se consideraba “privado” como “público”.

Es de esta forma en la que las autoras feministas critican la “institución familiar”. El hogar como espacio de la familia se ha feminizado históricamente, con literatura impuesta desde el discurso hegemónico que relacionaba la familia con amor y altruismo, en contraposición al trabajo que se relacionaba con una retribución

económica. El fin de esto es relegar a las mujeres a los espacios “privados”, dejándolas fuera de la toma de decisiones y también dejándolas sin la capacidad de poder revelarse a su subordinación. Pero las mujeres hemos aprendido a salir de esa lógica, evitando la presión que el capitalismo ejerce sobre nosotras y nuestros hijos, colectivizando las tareas de reproducción social y rechazando la mercantilización de éstas.

- **Ser “ama de casa” no es una característica natural de la “personalidad femenina”, es una imposición a las mujeres creada por el capital con la intención de obtener trabajo gratis.**

Desde el capitalismo, se ha impuesto un rol a las mujeres claramente definido, nuestro papel social es básicamente servir al hombre. Ha habido una manipulación del discurso en la cual las mujeres son dóciles y gentiles y tienen ciertas habilidades para las tareas domésticas de manera natural. Es por esto por lo que ellas deben ser las encargadas de las labores del hogar, en contra posición a los hombres que son los encargados de las tareas productivas. Así, los capitalistas evitan los costes de la producción de la mano de obra, dejándolo dentro del ámbito privado.

Como ejemplo del fracaso de este ideal, podemos traer la crisis del liberalismo: mientras los trabajadores se acinaban en barrios insalubres y mal contaminados, los patronos se llenaban los bolsillos y los Estados no prestaban ninguna ayuda para proteger la vida del trabajador. Finalmente, los trabajadores se organizaron para revelarse contra el poder que los oprimía y luchar por el cuidado de los trabajadores, en definitiva, proclamando la importancia de la reproducción social. Estas luchas acabaron con el liberalismo, sustituyéndolo por el capitalismo gestionado por el Estado, que garantizaba de alguna manera el equilibrio entre producción y reproducción social.

Hoy en día, el neoliberalismo está oprimiendo la reproducción social de maneras más violenta de como ocurría en el capitalismo liberal: las ayudas estatales han disminuido en comparación al régimen anterior, las horas de trabajo productivo necesarias para poder mantener a una familia han aumentado... La solución que los capitalistas han encontrado aparte de la mercantilización de estas tareas es el traslado de las tareas domésticas al Sur Global, siendo mujeres inmigrantes del “Tercer Mundo” las principales encargadas de las tareas reproductivas (cuidado de niños, ancianos, enfermos y tareas del hogar entre otras) alrededor del mundo. Las ya nombradas “cadenas de cuidado” crea una división en las mujeres que el feminismo no está dispuesto a asumir. En estas condiciones, es necesaria una nueva reivindicación por la reproducción social, pero rechazando la esclavitud que supone para las mujeres. Debemos encontrar una alternativa a las soluciones que el capitalismo propone al problema de la reproducción. Esta alternativa se encuentra, entre otras tareas, en la reivindicación de la tierra como espacio común de subsistencia. Recuperando estos espacios ya existentes en la edad Media que los capitalistas se ocuparon de destruir, encontramos una forma de reproducción de personas fuera de la lógica del mercado.

Tenemos numerosos ejemplos de esto a lo largo de todo el “Tercer Mundo”. Uno es el caso de la capital de Guinea Bissau, donde las mujeres se han encargado de mantener huertos urbanos para el consumo local. Este modelo se ha popularizado por todo el país, llegando incluso a Europa y EEUU. Podemos tomar esto como prototipo de una economía de subsistencia fuera del mercado.

- **Las tensiones entre el trabajo productivo y reproductivo son una de las principales causas de las crisis financieras del capitalismo.**

Hemos visto que la lucha por la defensa de la reproducción social han sido factores clave para resignificar los regímenes de acumulación capitalista. Esta contradicción intrínseca dentro del sistema en el que vivimos ha dejado huella de alguna forma. Después de la caída del liberalismo, el capitalismo gestionado por el estado consiguió calmar las tensiones por cierto tiempo, pero una nueva crisis en nombre de la reproducción social entró en juego.

El feminismo criticó en ese entonces la mala distribución, dando un giro culturalista a la tradición marxista. Estas autoras eran críticas con la idea de que el único trabajo que se tenía en cuenta a la hora del reparto era el productivo. Aunque tuviésemos un sustento económico para desarrollar las tareas reproductivas, seguíamos dependiendo de nuestros maridos para vivir. Las feministas de la segunda ola, de la mano de otros movimientos antisistema, reclamaron la inclusión de los trabajadores no asalariados dentro de las políticas de distribución. Como ejemplo de esto tenemos la *Campaña Internacional por un salario doméstica* con autoras como Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Leopoldina Fortunati que exigían una remuneración económica a las mujeres por todo el esfuerzo que supone la reproducción social.

Tanto el régimen liberal como el régimen gestionado por el Estado sufrieron las consecuencias de esta contradicción. Ambos sistemas fueron resignificados y han dado paso a nuevas formas de gobierno. Podemos tomar esto como prueba de que la tensión es una realidad y el capitalismo ha hecho lo posible por esconderla. Pero esta crítica también se puede dirigir al marxismo, ya que la tradición del autor alemán también ha obviado este hecho. Es por esta visión da una concepción reduccionista, al centrarse únicamente en el trabajo productivo y obviar el trabajo que conlleva la reproducción social y el cual es imprescindible para que la producción se lleve a cabo.

- **El trabajo productivo no es liberador para las mujeres en ningún caso.**

Debido al rechazo del esclavismo del trabajo reproductivo, muchas mujeres han decidido huir de todo lo relacionado con las tareas domésticas, encontrando el trabajo productivo como liberador de esa esclavitud. Piensan que sumándose al mercado de trabajo finalmente podrán obtener independencia económica. Pero esta vuelve a ser una manipulación del feminismo liberal.

En la realidad material, los trabajos que están destinados para la población femenina son los relacionados con los cuidados, a su vez estos están relacionados con el don

natural de “ama de casa” y por eso es que los salarios son menores. Aunque exista una sensación de que los trabajos domésticos se han “desexualizado”, lo cierto es que hay estudios que indican que la mayor parte de estas tareas siguen recayendo sobre las mujeres. Con la llegada del neoliberalismo, la mercantilización del trabajo reproductivo ha aumentado, obligando a las mujeres a cumplir el rol de cuidadoras fuera de sus hogares, por un salario inferior al de los trabajos masculinizados y dejando sus hogares desatendidos.

Si ponemos la mira en los países de la periferia capitalista, nos daremos cuenta de que el trabajo productivo es mucho menos liberador para las mujeres que la habitan. La gestión neoliberal se ha encargado de que ellas sean las encargadas de los cuidados del núcleo. Además, la Nueva División Internacional del Trabajo ha trasladado las fábricas al “Tercer Mundo” y ha hecho que las mujeres tengan que trabajar numerosas horas en condiciones pésimas a cambio de un salario que no garantiza la subsistencia. También podemos hablar del tráfico de mujeres que se lleva a cabo en países de Asia y Sudamérica para la explotación sexual.

Este planteamiento olvida la crítica de clase que el feminismo debe hacer puesto que perpetúa la división de clases, pero tampoco supera la división entre producción y reproducción social, creando una nueva división entre mujeres. Si una parte del feminismo propone el trabajo productivo como emancipador para la mujer, está ignorando la violencia estructural que el mercado ejerce sobre estas mujeres en concreto. Desde el feminismo de clase se propone una lucha transversal con las reivindicaciones anticoloniales y ecologistas que acierte al situar la “feminización de la pobreza”.

El trabajo productivo no es la única alternativa al rechazo de la esclavitud del trabajo reproductivo. Desde la tradición marxista, los hombres han interpretado el trabajo como algo impuesto ajeno a ellos que, por definición, no puede ser liberador. Las mujeres como la parte de la clase obrera encargada de la producción de la mano de obra debemos tener los mismos intereses que nuestros compañeros masculinos. Si ellos interpretan el trabajo reproductivo como explotador, nosotras debemos tener en cuenta ese rechazo e implementarlo en nuestra crítica.

- **Todas las mujeres están en posición de servilismo respecto al mundo masculino, aunque nuestra vida no esté relacionada con el ama de casa.**

En relación con la afirmación anterior, muchas mujeres creyeron que al alejarse del hogar y encontrar un trabajo productivo iban a liberarse de las expectativas implícitas socialmente en la feminidad. Pero nada más alejado de la realidad, el rol que el capitalismo ha reservado para nosotras va más allá de los límites del hogar. El lugar que el mercado laboral ha reservado para las mujeres es una extensión de las tareas adjudicadas al “ama de casa”. Es por eso por lo que, aunque nos dediquemos a una labor directamente productiva, siempre se nos interpretará como “cuidadoras” desde un punto de vista masculino.

Como consecuencia de esto, tenemos unos salarios inferiores en los trabajos feminizados (puesto que es visto como algo que hacemos naturalmente), se nos exigen requisitos no relacionados directamente con nuestra función laboral, como puede ser buena presencia (a menudo, sexualizada) y demás desigualdades que demuestran que la imagen de la mujer como sinónimo de “ama de casa” va más allá de nuestras cocinas e invade todos los aspectos de nuestra vida. Podemos encontrar estas desigualdades incluso en las mujeres más privilegiadas que han conseguido puestos de poder, a menudo son ninguneadas por sus compañeros masculinos.

Como mujeres que brindan el conocimiento de la reproducción de seres humanos, no debemos rechazar estos valores por completo. El deber del feminismo debe ser reivindicar esos valores desde una lógica fuera del capital. La tarea de reconstrucción de las instituciones para que tengan en cuenta el trabajo reproductivo (el cual es pilar fundamental para el sistema) es mucho más efectiva que demostrar que somos capaces de trabajar como ellos. No es necesario que demostremos tal cosa puesto que históricamente hemos cargado con el peso de la reproducción social, trabajo sin el cual la producción no sería posible.

Con esta exposición, pretendo haber dado respuesta a las críticas dadas desde la izquierda tradicional que cuestiona la importancia de la lucha feminista en relación con la lucha de clases. Se quejan de que las nuevas políticas de bienestar social han olvidado la lucha de clase para centrarse en cuestiones de género las cuales no tienen tanta relevancia en cuestiones de justicia. Es cierto que las políticas liberales se han apropiado en algún sentido de las reivindicaciones del feminismo, pero esto no quita que la intención primera de las tesis feministas era anticapitalista. El verdadero error de la tradición marxista fue obviar la división entre producción y reproducción social.

También espero haber sido crítica con la visión liberal del feminismo, la cual no es capaz de superar la hegemonía de la producción y, por lo tanto, no puede ser liberadora para las mujeres en el sentido de comunidad. Este tipo de feminismo sólo está pensado para favorecer a la mujer privilegiada, dejando de nuevo a la mujer de clase trabajadora desamparada. Para que el feminismo no se convierta en una institución, debemos reconciliarlo nuevamente con su crítica anticapitalista, poniendo en el centro del esquema a las mujeres del Sur Global y en sintonía con la lucha anticolonial y ecologista.

Para finalizar, quiero aclarar que, a pesar de haber utilizado ejemplos de política global, ya que son los que manejan mis autoras de referencia y sobre todo enfocados a la política estadounidense, mi intención no es dar una visión alejada de los problemas planteados. Realmente, el problema de la reproducción afecta por igual a la población europea. Las cadenas globales de cuidados están presentes en nuestro país al igual que otros aspectos, como puede ser la prostitución, los cuales siguen institucionalizando el sometimiento de las mujeres.

En paralelo, los ejemplos de colectivización de la reproducción social y recuperación de las tierras comunales no son exclusivos del Sur Global. Desde una perspectiva más cercana, podemos tomar como ejemplo la colectivización de la vida en el entorno rural. Encontraremos numerosos ejemplos de esto en nuestra propia comunidad autónoma: lavaderos comunales,

tierras comunes para la ganadería y la agricultura... Es cierto que con el auge del neoliberalismo estas formas de vida corren peligro, pero la crisis que estamos viviendo puede ser una oportunidad para volver a ocupar esos espacios, haciendo de la reproducción social una tarea comunitaria y pública, y por lo tanto, dotarla de valor social.

Bibliografía

LIBROS

ARRUZZA, Cinzia. BHATTACHARYA, Tithi. FRASER, Nancy (2019): *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Herder. Barcelona, España.

FEDERICI, S. (2014): *CALIBÁN Y LA BRUJA: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*

FRASER, N. JAEGGI, Rahel (2018): *Capitalismo, una conversación desde la Teoría crítica*. Ediciones Morata S.L. Madrid, España.

FRASER, N. (2015): *FORTUNAS DEL FEMINISMO, del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Traficante de sueños, Instituto de Altos Estudios Nacionales. Quito, Ecuador.

HOCHSILD, A. R. (1983): *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press.

ARTICULOS

FEDERICI, S. (1975 a): “Salarios contra el trabajo doméstico”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 35-43

FEDERICI, S. (1975 b): “Por qué la sexualidad es un trabajo”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 45-51

FEDERICI, S., COX, Nicole (1975 c): “Contraatacando desde la cocina”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 51-66

FEDERICI, S. (1980): “La reestructuración del trabajo doméstico y reproductivo en EEUU durante los años setenta”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 71-87

FEDERICI, S. (1984): “Devolvamos al feminismo al lugar que le corresponde”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 91-106

FEDERICI, S. (1999): “Reproducción y lucha feminista en la nueva división internacional del trabajo”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 107- 125

FEDERICI, S. (2000): “Guerra, globalización y reproducción”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 127- 139

FEDERICI, S. (2001): “Mujeres, globalización y movimiento internacional de mujeres”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 143-149

FEDERICI, S. (2004): “Mujeres, luchas por la tierra y globalización: una perspectiva internacional”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 223- 241

FEDERICI, S. (2008): “La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 153- 156

FEDERICI, S (2009): “Sobre el trabajo de cuidados de los mayores y los límites del marxismo”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 205- 219

FEDERICI, S. (2010): “El feminismo y las políticas de lo común en una era de acumulación primitiva”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 243-254

FEDERICI, S. (2011): “Sobre el trabajo afectivo”. En (2015), *Revolución en punto cero*. Traficante de Sueños, Madrid, pp. 181- 202

GIL MARTÍN, F.J. (julio 2011): “Encuadre de la justicia y la esfera pública transnacional. Una aproximación a la teoría crítica de Nancy Fraser”. En *Eukasía, Revista de Filosofía* N.º 39, pp. 107-132

HARDT, M. y NEGRI, T. (2002): “La multitud contra el imperio”. *Observatorio Social América Latina (OSAL)*, N.º 7, pp. 159-163

LIEDO, Belén (2022): “Cuidar lo común”. En *Isegoria, Revista de filosofía moral y política* N.º 66.

CHARLAS

PEREZ, PAZ (4 de marzo del 2023): *¿Piensan las filósofas en las mujeres del entorno rural?* Conferencia convocada por la organización FILOPUEBLOS, Asturias, España. Consultar en <https://www.filopueblos.es/año-2023/marzo>

<https://www.youtube.com/watch?v=mSPR7LIP8NY> consultado el 10/03/2023

VIDEOS

<https://www.youtube.com/watch?v=LiZSbu5yXUk> consultado el 15/05/2023

PÁGINAS WEB OFICIALES

*Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, *Gender and Agriculture*, disponible en <http://www.fao.org/Gender/agrib4e.htm>.